

rra á la Gran Bretaña, lo que pedía era que Napoleón le diera los medios para poder hacerla. Bernadotte que en esto se mostraba francés tan celoso como ardiente sueco, no sacó de sus despachos ó cartas mas que el puntapié que le dió Napoleón haciéndole escribir por su ministro Alquier, «que él no entraba nunca en correspondencia con los príncipes reales, ni aún con sus propios hermanos,» lo que era evidentemente falso y no era ignorado por el príncipe real de Suecia. Sin embargo, Napoleón

acababa en són de burla por tomar por cuenta suya un regimiento sueco y en pagar los sueldos de algunos centenares de marinos suecos. El rey Carlos XIII rechazó con dignidad los ofrecimientos de Napoleón, y como no podía hacer la guerra á Napoleón, se la declaró á Inglaterra con la esperanza de que esta potencia enemiga, ahora sería con ella menos cruel y exigente de lo que lo era su amigo Napoleón.

Nada tiene de extraño que Suecia cediera, cuan-



EL CARDENAL FESCH

do Rusia que estaba dispuesta á todas las eventualidades procuraba no apresurar el momento del conflicto tanto tiempo ha previsto.

Quería Napoleón que Rusia tratara á la marina inglesa y á los neutros como él los había tratado y hecho tratar por Holanda, á lo que se negaba resueltamente Alejandro. Pero el emperador de Rusia tan pronto supo de ciencia cierta que Napoleón se preparaba para hacerle la guerra, como no estaba aún dispuesto, se apresuró á darle satisfacción capturando los buques ingleses pero sin poner mano en los neutros, con lo que, dando satisfacción aparente á Napoleón, quitaba á éste todo pretexto para declarar la guerra ya desde este momento inevitable porque de uno y otro lado ya no cesaron los preparativos para una próxima campaña. Interin las cosas se sosegaron porque Napoleón pudo darse por satisfecho y porque podía hacer constar que el mis-

mo emperador de todas las Rusias le temía y le acataba.

«Por inquietantes que fueran, dice Laveleye, los motivos de queja que Napoleón parecía querer hacer revivir sin descanso, en vez de procurar para ellos su olvido, los borró todos en un solo día por un nuevo atentado contra el derecho de gentes, que llenó á Europa de estupor, y esto en el momento mismo en que Alejandro hacía á Caulaincourt equitables advertencias. El día 10 de Diciembre de 1810, es decir, en plena paz continental, hecha abstracción de España, y sin que pudiera invocar ni la sombra de un pretexto ó de una provocación, un mensaje del emperador dirigido al Senado, hizo saber á los gobiernos europeos que Napoleón acababa de reunir al imperio el Vales (Suiza), una parte del Hannover, las ciudades anseáticas, el Lauenburg, el ducado de Oldenburg y todas las costas

desde el Ems al Elba. Este acto, extraordinario hasta en el autor de tantas usurpaciones, era motivado aún por considerandos aún más extraordinarios. «Los ingleses, decía, han desgarrado el derecho público de Europa; un nuevo orden de usar rige el Universo. Siéndome, pues, necesarios nuevas garantías, me han parecido ser las primeras y más importantes la reunión al imperio de las desembocaduras del Escaut, de la Meuse, del Rhin, del Ems, del Weser y del Elba. La reunión del Vales es una consecuencia prevista de los trabajos inmensos que hago hacer desde hace diez años en esta parte de los Alpes.»

Esto podía ya llamarse la manía de las anexiones, y esto que no hemos hablado todavía de la anexión de las provincias españolas entre Ebro y Pirineo, y al calificar la conducta de Napoleón de maniática no hacemos mas que darle el nombre que en estos mismos días de que hablamos usaba el ministro de Marina de Napoleón almirante Decres, quien discutiendo sobre este tema con Marmont recientemente elevado al mariscalato y por consiguiente entusiasmado por la obra napoleónica, le dijo que para él *el emperador era loco, loco de remate*, y «que todo acabaría en una espantosa catástrofe».



El papa Pío VII en Savona

El mismo Decres no podía equivocarse, pues, nunca están tan próximas las grandes tempestades como después de una gran calma, y la calma era ahora profunda, porque si bien duraba la guerra en España por su posición excéntrica, no podía influir en estos momentos en los destinos de Europa que parecían definitivamente encadenados al de Napoleón.

Por otra parte, á la campaña de Talavera había sucedido la de Andalucía, y en Europa se creía que una vez se había pasado victoriosamente más allá de Bailén, la sumisión de España era ya cosa indudable. Esta opinión general y acreditada es la que da por reacción de nuevo el alerta á los pueblos tiranizados por el despotismo napoleónico, al ver que si sucumbían las ciudades y los fuertes quedaban siempre indomables sus habitantes en el campo.

Desgraciadamente para Francia, todavía el humo de las victorias conseguidas por los ejércitos franceses, tenía cegados á la mayoría de los franceses.

Confiscada su libertad por completo, ésta no tenía ya quien la defendiera. Sólo dentro del círculo

militar tenía algunos representantes dispuestos á osarlo todo y, como luego veremos, á punto estuvo el arrojó de un general republicano de destronar al emperador, pero las conspiraciones militares, viviendo el prestigio de Napoleón, eran imposibles, y las civiles lo eran más aún cuando todo en Francia respiraba el militarismo.

Lo que eran, sí, posibles, eran las conspiraciones cortesanas.

Talleyrand y Fouché constituían el núcleo de un poderoso centro de descontentos que iba equipando á todos los que temían por sus prebendas, pues no eran pocos los que, como Decres, consideraban posible un descalabro militar, tras del cual había de hundirse irremisiblemente la fortuna de Napoleón, como así sucedió en su día, debiéndose la resurrección de su popularidad á las mismas causas que hacían imposible en 1810 su caída, á pesar de lo comprometida que estaba la fortuna pública en Francia y del profundo disgusto que tanta sangre derramada había causado en el seno de todas las familias, que pocas eran las que no contaban ya «un glorioso muerto.»

En efecto, los partidarios de la restauración, úni-

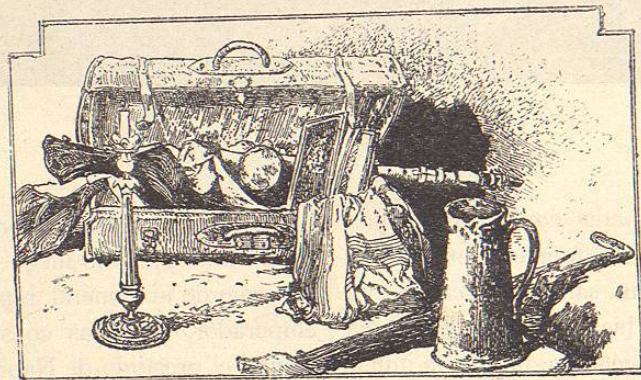
co partido para acabar con Napoleon, no podían entenderse con sus representantes que no creían aún llegado el tiempo de hacer concesiones á las nuevas ideas, esto cuando el entero edificio político napoleónico era una ficción y una impostura. Pero, en apariencia, Francia estaba regida por instituciones liberales, y esta apariencia bastaba para que abominaran de ella los pretendientes.

Cuando llegue el momento decisivo, esos pretendientes se liberalizarán y llegarán, en efecto, á ser más liberales que el hijo desnaturalizado de la gran Revolución francesa.

Napoleon, pues, en 1810, cuando sólo debía preo-

cuparse de la para él insignificante guerra de España, y cuando él se consideraba sólidamente sentado en su trono, era, para propios y extraños, visto en gran peligro de acabar de un momento á otro su brillante y desbocada carrera, porque no había sabido granjearse mas que enemigos en todas partes.

Sus hermanos huían de él, ó renegaban de su ambición. Sus parientes eran atropellados, Eugenio, Fesch, Bernadotte, eran insultados ó menospreciados. Sus más valientes y decididos generales eran víctimas de las camarillas militares, preparando así las indiferencias y las defecciones. Cuando conocerá su situación será tarde.



CAPITULO XXV

LA GUERRA EN ESPAÑA.—CAMPAÑA DE ANDALUCÍA

Napoleon y la guerra de España.—Refuerza su ejército.—Inacción de los ejércitos franceses: sus causas.—Origen de la expedición á Andalucía.—Opinión de Napoleon y de sus generales.—Esfuerzos de los guerrilleros.—Carácter de estas fuerzas irregulares.—Cómo las protegió la Junta Central.—Principales guerrilleros: Porlier, el *Empedrado*, el cura Merino, Milans, Clarós, Manso, Baget, Eroles, Llauder.—Suchet y las guerrillas catalanas.—Echevary, Mina, Gayan, Pereda, Renovales, Marqués de las Atalayas, Mir, el capuchino Delica, sus afortunadas empresas; el capitán de navío Narron.—Carrier ataca á Astorga y es rechazado: 9 de Octubre de 1809.—Victoria de Tamames: recupérase á Salamanca.—Quiere la Junta Central caer sobre Madrid.—Avanza Egüa al frente de 50.000 hombres.—Retrocede al avistar á los franceses.—¿Por qué?—Reemplázale Areizaga.—Suplican los dos Wellesley que se desista de la expedición.—Combate de la Guardia: 8 de Noviembre.—Concentración de los franceses en Aranjuez.—Incapacidad de Areizaga delante del enemigo.—Desastrosa batalla de Ocaña: 19 de Noviembre de 1809.—Valentía de Lacy.—Dispersión del ejército español.—Consecuencias de la batalla de Ocaña.—Desastre de Alba de Tormes: 28 de Noviembre.—Retirada de Alburquerque.—Retirada de Wellington, prepárase para recibir á los franceses.—Situación política de España.—La Central y el Consejo de España é Indias.—Disensiones y pretensiones.—Desprestigio de la Central.—Oposición á la reunión de las Cortes.—Quiérese establecer una Regencia.—La Junta Central convoca las Cortes.—Decide José la campaña de Andalucía.—Reservas de Napoleon.—Sus temores.—Avance del rey José.—Paso de Sierra-Morena.—Facilidad de la empresa: 20 de Enero de 1810.—Entrada de los franceses en Sevilla: 1.º de Febrero.—Marcha Víctor á bloquear á Cádiz.—Efecto de la conquista de Andalucía.—El partido francés.—Fuga de la Central de Sevilla.—Tumulto popular.—Junta revolucionaria de Sevilla.—Su efímera duración.—Sus resultados.—Reorganización militar.—Entran los franceses en Málaga.—El coronel Abelló—Blake y la reorganización del ejército del Centro.—Disolución de la Junta Central.—La Regencia y los regentes.—Decláranse en contra de la pronta reunión de las Cortes.—Manda quemar los reglamentos y convocatorias dados por la Central.—Elecciones.—Redúcese el número de representantes concedidos por la Central á Ultramar.—Imprudencia de esta medida.—Persecución indigna de los centralistas.—Acusáseles de ladrones.—Préndese á los individuos de la Central que no han escapado.—Suspéndese la reunión de las Cortes.—Actividad y celo de la Regencia en lo militar.—El duque de Alburquerque, Valdés y Topete se encargan de la defensa de Cádiz.—Íntima el rey José la rendición de Cádiz: 16 de Febrero de 1810.—Estrellanse por todas partes las intimaciones de los franceses.—Reanímase el espíritu público.—Decreto de Napoleon de 8 de Febrero de 1810.—Pretende anexionarse la orilla izquierda del Ebro.—Pone bajo sus inmediatas órdenes á los generales franceses que en ella mandan.—Massena general en jefe del ejército de Portugal.—Soul general en jefe del ejército de Andalucía.—Qué se proponía Napoleon con la división de mandos.—Pretende Napoleon indemnizar á José en Portugal.—Hácese públicos los planes de Napoleon: 9 de Setiembre de 1810.—Envía José á sus ministros á Napoleon para hacerle desistir de sus propósitos.—Venganza platónica del rey José.—Situación de los franceses en Andalucía.—Renuevan sus esfuerzos los guerrilleros.—Sus proezas.—Avance de los franceses sobre Portugal.—Toma de Astorga: 22 de Abril.—Retírase Suchet de delante Valencia.—Recupérase á Teruel.—Suchet en Navarra.—Prende á Mina *el mozo*.—Reemplázale su tío Espoz y Mina.—La guerra en Cataluña.—Situación de Barcelona.—Augereau y O'Donnell.—Triunfos y derrotas de O'Donnell: 14 y 20 de Febrero.—Ríndese Hostalrich.—Rinde Suchet á Lérida: 12 de Mayo de 1810.—Debilidad de Garcia Conde.—Rinde Suchet á Mequinenza.—Blake en Murcia.—La Romana en Extremadura.—Toma de Ciudad Rodrigo: 10 de Julio de 1810.—Heroísmo de Herrasti.—Inaugúrase la campaña de Portugal.

NAPOLEON y Wellington, Napoleon y los españoles, España y Europa, en fin, creían que había llegado el momento supremo de la guerra de España. Dos años hacía

que duraba, y ahora que Napoleon por su enlace con la casa de Austria nada tenía que temer de momento del centro de Europa, que continuaba, empero, ocupando fuertemente, era de esperar que